



EN SU TALLER de la
★ Escuela de Bellas Artes,
Inés Puyó elabora inte-
riormente más parques y
más flores, repitiéndolos co-
mo el "leit-motiv" de una
canción desesperada. Hay
melancolía en sus sueños y
una estética muy personal
que no se ajusta a modas ni
escuelas, y que refleja su ín-
tima realidad.

Más sobre la Bienal de París

Por María Rosa GONZALEZ

RETOMO la Bienal de París, tema del momento. Dije, en parte, lo que fueron la primera y la segunda manifestación de esta serie. Develé las intenciones secretas que, a mi juicio, motivaron su creación. Pero olvidé citar, en defensa de mi tesis, un detalle que estimo importante. Yo decía que en el fondo, muy al fondo, los organizadores de la Bienal, proporcionando a las juventudes un desahogo, buscaban, especialmente, la manera de situarlas frente a sus propias responsabilidades. Me apoyaba, para afirmarlo, en detalles contradictorios, entre los cuales pasé de largo el más interesante: la colocación, en el patio de entrada de la Primera Bienal, de una máquina ingeniosa y rudimentaria destinada a hacer cuadros abstractos, aparato que el público manejaba a su guisa entre carcajadas. ¿Qué objeto podía tener esa máquina, si no el de prevenir al hombre de la calle contra la facilidad de lo que vería dentro? Activar el malestar en las juventudes, por un lado, y la irrisión del público, por el otro. Era un modo inteligente de aguijonear el sentido crítico de ambos, con vistas a una reacción general saludable, ya muy esperada en el mundo de las artes plásticas, que no podía ser más caótico en 1959.

Vimos que la Segunda Bienal, si no dio sorpresas, tuvo compostura, y que en ella se introdujeron reformas. Estamos en estos momentos en la Tercera Bienal, todavía más modificada, que se quiere ahora "centro mundial de todas las experiencias nuevas, artísticas y culturales". A la Sección Artes Plásticas continúa dándosele importancia y espacio; pero "considerando que el hecho plástico no puede quedar aislado de su contexto social, histórico, psicológico, ni de los otros dominios de la creación artística", la Bienal dirige su proa hacia la síntesis de todas las artes, para ofrecer a los públicos no solamente creaciones plásticas, sino las obras experimentales de los poetas, de los músicos, de los cineastas, de los dramaturgos y de los comediantes que no cuenten, bien entendido, más de los 35 abrilés prefijados. Para el objeto se creó este año —siempre en el Museo de Arte Moderno de la ciudad de París— un auditorium de cien sillas, al que el público tiene acceso gratuitamente. Abierto todos los días desde las 12 a las 20 horas y los miércoles y viernes hasta las 23. Ahí se suceden sin interrupción conciertos, recitales de poesía, lecturas de piezas de teatro, ensayos coreográficos, audiciones de música registrada, proyecciones de films de arte, etc., seguidos de debates públicos.

La Bienal de París bate las alas para tomar un vuelo inusitado. Lo que me

parece en verdad interesante, es que con el pretexto de este rendez-vous mundial al que se ven invitados ininidad de jóvenes de todas las patrias y categorías sociales se las arreglan para venir a París obteniendo, de un modo u otro, fondos y facilidades. A la postre, estos desplazamientos juveniles —que sin la Bienal difícilmente se producirían— y los intercambios de ideas a que dan objeto, es probable que den buenos frutos.

De más decir que mi tiempo, siempre escaso, no me ha permitido seguir todos los actos que comprende la manifestación. Me es imposible explicar al lector amigo en qué consistió, por ejemplo, la primicia del "poema electrónico" anunciado, ni cuál fue el éxito del teatro de sombras. Puedo en cambio certificar, en lo tocante a las artes del espectáculo —proyectos y decorados— que las mejores maquetas, para el "Enrique IV", de Pirandello, y para "El enfermo imaginario", de Molière (la primera premiada y la segunda con mención honoraria) no pecaban por espíritu de inventiva.

Los premios, olvidaba decirlo, son numerosos y comprenden todas las secciones. Modestos, sin duda, pues que los mayores —consistentes en becas de estudio para artistas extranjeros únicamente— llegan a un total de sólo 4.000 nuevos francos para una estada efectiva de cinco meses en esta capital. Los pasajes hasta París y retorno corren por cuenta de los laureados, quienes los obtienen, a falta de fondos propios, de las instituciones culturales de sus respectivos países o directamente de sus gobiernos, halagados, va sin decirlo, y con sobrada razón, de la distinción que Francia les confiere a través de uno de sus jóvenes.

En el orden de los premios, la pintura es la más mimada. Tiene la parte del león, sobre todo la extranjera, a la que se acuerdan cuatro becas por la suma mencionada, contra dos becas a la escultura y una al grabado. Para los franceses o extranjeros que habitan en Francia las recompensas, una por sección, son de 2.000 nuevos francos y solamente 1.000 para el grabado. Los trabajos de equipo extranjeros reciben, para el conjunto, una sola y única beca; toca al grupo determinar cuál de sus componentes emprenderá el camino de Damasco...

En previsión de que alguno, entre mis lectores, se pregunte cómo funciona el sistema de invitaciones para el certamen bienal, lo que le permitirá interesarse en saber a ciencia cierta quiénes seleccionan, por ejemplo en Chile, a los artistas que han de representar el país, me adelanto a responderle que las invitaciones no se hacen de institución a persona. La Bienal es oficial. Sus invitaciones parten desde París hacia las diferentes naciones por las vías oficiales. En consecuencia, y tratándose, como se trata, de un certamen sumamente importante por sus repercusiones mundiales —ya que la calidad, por ahora, hace defecto—, incumbe directamente a las autoridades de las Bellas Artes de cada país contribuir a que esa calidad se levante, eligiendo entre sus jóvenes profesionales a aquellos que hayan dado pruebas de una real vocación, que posean mayor talento y conocimientos, además de curiosidad, que enfrenten problemas de oficio y traten de resolverlos.

Veremos en otro artículo —porque de nuevo éste es muy largo— que no todos los países responden con seriedad a una manifestación única en su género que no tiene nada de chistosa...

PARÍS, 1963.

El Universo Etéreo de Inés Puyó

Por GABY GARFIAS

GANADORA de los más altos laureles del Salón Oficial, entre ellos el de Honor junto al de la Crítica (57), Inés Puyó retorna a la arena pictórica con una obra elevada a la más alta dimensión poética de su carrera. La Galería "Bolt", que timonea con tan exitosos resultados desde su iniciación la joven escritora Marina Latorre de Bolt, ha tenido la feliz iniciativa de innovar en su sala de arte, introduciendo —primero, con la obra de Sergio Montecino, y ahora, con la de Inés Puyó— el figurativismo, que muchos consideraban ya sepultado en el olvido. Gracias a una nueva revisión de los conceptos eternos de la plástica por las eminencias europeas, está resurgiendo briosamente en el Viejo Continente en una visión renovada y superada, que sus cultivadores denominan la "nueva figuración", y que busca sus fuentes de inspiración en el mundo circundante, aunque transfigurada a sus últimas consecuencias.

Catorce óleos y 2 dibujos, que traducen bellamente el universo particular y asombrosamente etéreo de la artista, constituyen el conjunto que evoca en muchas ocasiones las estampas japonesas por la sutileza de la caligrafía y la mancha tenue.

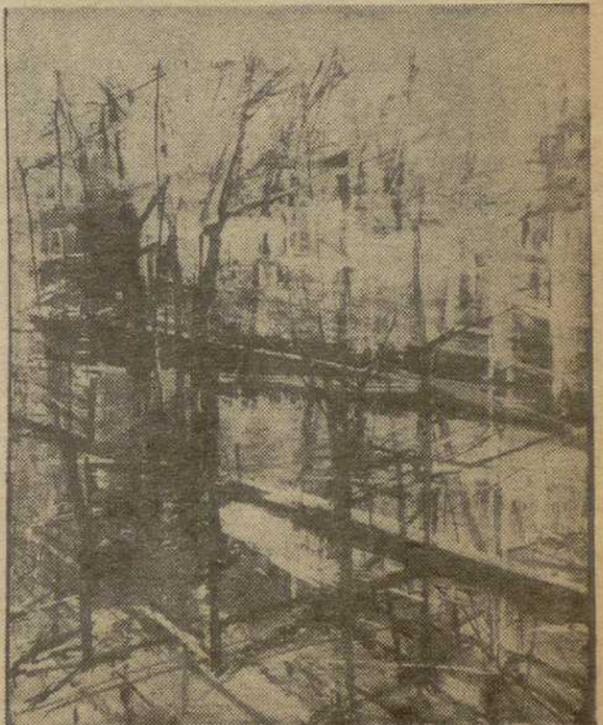
Pero la pintura no bastó a la expansión espiritual de Inés y en el año 56 realizó un curso de esmaltes sobre metal con el maestro José Perrotti y desde hace cinco años ofrece clases sobre esa especialidad en el Instituto Chileno-Italiano de Cultura. También

dió otro en Arica en el pasado año y uno de pintura el año 60 en Concepción. Y ahora, durante este verano, ofrecerá clases de esmalte sobre metal en esta última ciudad.

Inés Puyó ha exhibido en muy pocas ocasiones en su vida de artista, porque "me interesa la buena pintura" —y prodigarse mucho indica falta de ahondamiento. "Para llegar a pintar un cuadro, lo destruyo muchas veces...". Así es de exigente la artista consigo misma. De ahí esas tenues, vagorosas y casi impalpables estructuras, en ocasiones tristes y fantasmales, en las que parece que el alma hubiera huido de las entrañas de sus parques o flores. Porque el Parque y las flores— nuestro tradicional y amado Parque Forestal— son siempre el eje de sus

creaciones, a pesar de que la artista confiesa: "nunca las he mirado. No sé cómo son". Así también asegura que, "el parque es mi parque. Lo veo dentro de mí, pero jamás lo miro. Las cosas más tristes las pinto en verano...".

No podría pedirse mayor sentido de la libertad de sí mismo. "La única manera de ser libre es teniendo orden. En la matemática está el secreto de la libertad" —sentencia categóricamente la pintora—. Audacia y recogimiento podría ser la ecuación feliz de Inés Puyó en sus realizaciones, subjetivas hasta el misticismo. Poesía incorpórea, plasmada de grises y de opacidades melancólicas —surcida de un vigoroso entrecruzamiento de trazos— pero que se diluye en la soledad del alma solitaria.



EL CLÁSICO PARQUE de Inés Puyó surge en medio de una bruma de desolados contornos líricos. La valiosa artista ha estado exponiendo un conjunto de sus trabajos en la Galería "Bolt", con renovado éxito.